

Breve biografía de René Descartes (1596-1659)

Omar E. Meyer C.
Universidad Nacional Experimental
"Rafael María Baralt"

Resumen

En el presente trabajo se ha tratado de mostrar algunos aspectos de la vida de ese ilustre sabio del siglo XVII, René Descartes. No se hace mucho hincapié en el contenido de su obra matemática sino más bien en lo que a su pensar filosófico, su manera de enfocar la vida y sus debilidades como cualquier ser humano le pertenecieron, es decir, la parte humana de este extraordinario hombre.

Palabras clave: Descartes, sistema coordenado, reflejo, Cristina de Suecia.

A Short Biography of René Descartes (1596-1659)

Abstract

In this biography it has been intended to demonstrate some aspects of Rene Descartes' life, a wise man of the XVII century. This biography doesn't make much emphasis in the contents of his mathematical point

of view -but- in his philosophical way of thinking, his way of focusing life and weaknesses like any other human begin, in other words, the human side of this extraordinary man's life.

Key words: Descartes, coordinate system, reflected, Christina of Sweden.

Descartes, René (1596-1650)

Filósofo y matemático francés, nació el 31 de marzo de 1596, bajo el signo Aries, en La Haye (Touraine, Francia), el mismo año de la publicación del *Mysterium Cosmographicum* de Kepler. Sus ancestros pertenecían a una acomodada familia francesa encumbrada, de un sector social de comerciantes y profesionales. Sus padres, fueron Joachim Descartes, abogado de profesión y Consejero del Parlamento de Bretaña y Joana Brochard, a quien Descartes no tuvo la suerte de conocer debido a que murió de tuberculosis poco después de dar a luz a su quinto hijo, heredando de ella una tos seca y una tez pálida que conservó hasta los 20 años, de modo que los médicos que lo trataron concluían siempre que moriría muy joven. Su padre, un hombre inteligente, tomó su educación muy en serio y desde muy niño le asignó como tutor a un tal Miguel Ferrant, quien dándose cuenta de la inteligencia del infante, a los ocho años, eligió para él una de las mejores escuelas de Francia: el colegio jesuita King's School La Flèche en Anjou, el cual había sido fundado en 1604 por Enrique IV y para ese entonces era uno de los centros de enseñanza más famosos. Allí Descartes recibió una sólida formación filosófica y científica basada en la doctrina de los jesuitas de la época. Los planes de estudio en La Flèche comprendían seis años de estudios humanísticos y tres de estudios matemáticos y filosóficos, muchos de los cuales se basaban en los libros de texto de Clavius, que ocupaban allí un lugar destacado. Se hace notar que los colegios jesuitas fundados a partir de 1540 tenían la misión de formar a los hijos de la clase dominante (aristocracia, nobleza y naciente burguesía), para que se

abocaran a la dirigencia del estado; los alumnos que allí ingresaban eran seleccionados con mucho tacto y la instrucción que se les impartía en estas instituciones se apartó de los antiguos cánones medievales y se adoptó los parámetros característicos del paradigma renacentista que se reflejaba en los cursos que durante seis años se impartían y los cuales comprendían: lenguas clásicas (griego y latín), dominio del francés, historia, literatura grecolatina, lógica, retórica (como arte de la argumentación y la persuasión), filosofía que involucraba el estudio de la lógica, la matemática (de utilidad para todas las profesiones), la física, la metafísica y la ética de Aristóteles; así que se puede afirmar que Descartes asimiló la cultura del renacimiento en La Flèche durante todo el periodo de su formación juvenil (Restrepo, 1992). Para mayor suerte de Descartes, el rector de esa Escuela era un tal padre Charlet, que de inmediato comprendió tres cosas: la extraordinaria inteligencia de aquel muchacho, su deseo de saber y su agilidad mental; por esto, el padre Charlet permitió al joven Descartes practicar el “ocio creativo” y le dejaba que cada mañana permaneciera en la cama todo lo que quisiera y fuera a las aulas cuando lo deseara, costumbre esta que se convirtió en un hábito hasta sus últimos años de vida, tanto así que en una ocasión en 1647 cuando Blaise Pascal (1623-1662) lo visitó una mañana, Descartes le manifestó: “... la única manera de producir un buen trabajo es no recibir visitas por la mañana para no tener que levantarme...” (Vera, 1961). El muchacho René, después de los sueños de la noche, despertaba y permanecía en el período de duermevela bajo las mantas pensando en las nociones que le habían impartido y las discusiones que luego tendría con sus maestros. “Toda mi filosofía y mi matemática (diría más tarde el sabio) surgen de las tranquilas meditaciones que puedo hacer sin que me molesten en mi cama”, es así como con apenas catorce años discute las demostraciones y las causalísticas que según la tradición de los jesuitas le sugieren sus maestros y de esa época es cuando surge su famoso “*Cogito, ergo sum*” (Pienso, luego existo).

A los 17 años, pensando en que no tiene más que aprender y decepcionado por los conocimientos adquiridos en La Flèche abandona el colegio. Este giro en su vida lo justifica en su Discurso cuando afirma: “Desde mi niñez fui criado en el estudio de las letras, y como me aseguraban que por medio de ellas se podía adquirir un conocimiento claro y seguro de todo cuanto es útil para la vida, sentía yo un vivísimo deseo de aprenderlas. Pero tan pronto como hube terminado el curso de los estudios, cuyo remate suele dar ingreso en el número de los hombres doctos, cambié por completo de opinión. Pues me embargaban tantas dudas y errores, que me parecía que, procurando instruirme, no había conseguido más provecho que el de descubrir cada vez más mi ignorancia.” y con todo este mar de dudas parte hacia París instalándose en el Faubourg Sait-Germain. Allí estudia música, danza, esgrima y equitación, para luego en 1615 ingresar a la Universidad de Poitiers, en donde sin el menor entusiasmo se gradúa de abogado un año más tarde, título que lo habilitó para el ejercicio de la gestión pública en la administración del estado. Todos pensaron que con la inteligencia, la formación y las influencias familiares, la carrera profesional de Descartes en el derecho y la política, serían promisorias, pero Descartes rompió con todas esas expectativas y a partir de 1617, entró en un entorno de rebelión juvenil, cuya razón para este tipo de conducta es su propia justificación: “Así, pues, tan pronto como estuve en edad de salir de la sujeción en que me tenían mis predecesores, abandoné del todo el estudio de las letras; y resuelto a no buscar otra ciencia que la que pudiera hallar en mí mismo o en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar, en ver cortes y ejércitos, en cultivar la sociedad de gentes de condiciones y humores diversos, en recoger varias experiencias, en ponerme a mí mismo a prueba en los casos en que la fortuna me deparaba y en hacer siempre tales reflexiones sobre las cosas que se me presentaban que pudiera sacar algún provecho de ellas.” (Descartes: 1637). Es entonces cuando se dedicó a viajar por Europa como un vagabundo entregándose al juego, al jolgorio y a la vida militar, en la búsqueda de nuevas ex-

periencias y cosas mundanas. Como militar participó en algunas campañas castrenses, en Holanda con Mauricio príncipe de Nassau y gobernador de los Países Bajos, que luchaba con los españoles; en Francia con la armada francesa durante el asedio a la Rochelle, en el ejército del príncipe Orange y en Baviera con Maximiliano I el Grande que se encontraba en guerra con el rey de Bohemia. Descartes no llegó a ser un militar profesional y sus breves períodos de servicio en las campañas castrenses no obedecieron al marcado espíritu bélico de un mercenario, él atribuía su aflicción juvenil por la guerra a "... cierto elemento animal en su hígado, que fue disolviéndose con el transcurso de los años..." (Newman: 1976a), pero algunos biógrafos creen que cierto o no, más bien, a pesar de que la vida de un soldado es en ocasiones peligrosa, ello resultó ser una excusa para realizar largos períodos de meditación, estudio y viajes, porque como se puede corroborar en la Carta CXVIII del Tomo III de la colección publicada en 1656: "...Yo que considero la guerra como filósofo no lo estimo en lo que vale e incluso me cuesta trabajo colocarlo entre las profesiones honorables cuando veo que el ocio y el libertinaje son los dos principales motivos que guían a los hombres para dedicarse a él..." (Vera: 1961).

Durante sus servicios a la orden de Maximiliano I sucedió un hecho de importancia capital en la vida de Descartes, sus biógrafos cuentan que en el mes de noviembre de 1619 mientras el ejército de Maximiliano pasaba el invierno en Neuburg, suburbio cercano a Ulm, a orillas del Danubio y mientras trabajaba en su proyecto de una "Matemática Universal", ocurrió el episodio de la "estufa". En su Discurso declara: "Hallábame por entonces en Alemania, a donde me llamara la ocasión de unas guerras que aún no han terminado; y volviendo de la coronación del emperador hacia el ejército, cogíome el comienzo del invierno en un lugar en donde, no encontrando conversación alguna que me divirtiera y no teniendo tampoco, por fortuna, cuidados ni pasiones que perturbaran mi ánimo, permanecía el día entero solo y encerrado

junto a una estufa, con la tranquilidad necesaria para entregarme a mis pensamientos...". En una ocasión (10 de noviembre de 1619) Descartes se despertó lleno de entusiasmo y quedándose acostado como siempre entregado a sus meditaciones, esta vez queriendo ver que yacía en su subconsciente, se había vuelto a dormir, y tuvo tres sueños en los cuales tomó posesión de la "*Llave Mágica*", base de todas las ciencias. Descartes no reveló explícitamente a nadie en qué consistía esa "llave", pero hay elementos para creer que en su onírico delirio adivinó la fusión del Álgebra con la Geometría, es decir, se trató del descubrimiento de la **Geometría Analítica**, disciplina esta que cerró el abismo entre el Álgebra y la Geometría, al aplicar el Álgebra Numérica a la Geometría Algebraica, inquietud que constituyó una de las contribuciones del eclecticismo de la época de oro del imperio Árabe, en la que uno de los principales iniciadores, Omar El Khayyam, afirmaba: "Quien quiera que piense que el Álgebra es un sistema de trucos para obtener los valores incógnitas, piensa vanamente. No se debe prestar ninguna atención al hecho de que el Álgebra y la Geometría son de apariencia diferentes. Los hechos del Álgebra son hechos geométricos que están demostrados" (Amir-Moez: 1963). Cuando esto, Descartes contaba con 23 años y sobre esa "llave" continuó estudiando durante 18 años, antes de dar a la luz su famoso **Discurso del Método**, el cual junto con otras producciones no fueron publicados de inmediato debido a que la coyuntura histórica lo colocó en una esquina en donde lo acosaron: el miedo al fracaso, la mordaza que la Iglesia había colocado al conocimiento científico y a toda corriente que no comulgara con los preceptos religiosos basados en una fe ciega hacia Dios so pena de un proceso y condena por parte de la Santa Inquisición, el pavor a errar, el deseo de una vida contemplativa y tranquila, y la experiencia de Galileo con el Santo Oficio debido a su defensa a ultranza de la teoría copernicana sobre el universo, lo cual creó escarmiento entre los científicos de la época y Descartes apegado a su "tranquilidad" renunció a las publicaciones de sus escritos decidiendo que se realizaran después de su muerte; pero en 1637,

cediendo a las insistencias de sus amigos y alentado sobre todo por la protección que le prodigaban el Príncipe de Orange y el Cardenal de Richelieu, finalmente Descartes publica el “Discurso del Método”, como una introducción a tres obras: **Dióptrica**, **Meteoros**, **Geometría** y “... para guiar la razón en la búsqueda de la verdad y en la ciencia...”.

Descartes interrumpía sus años de vida castrense con cortos viajes a Italia y París; en esta última ciudad conoció al cardenal Pierre Berulle (1575-1629), quien admirado por su talento, le aconseja que se dedique exclusivamente a la investigación de la verdad, y es así como debido a la peste que asolaba a la capital francesa, y la guerra que se libraba contra los hugonotes, éste aceptó el consejo que le diera Berulle y se retiró en 1629 a Holanda, en donde vivió durante 20 años, los cuales aprovechó para recorrer ciudades como: Amsterdam, en donde publicó los *Principia Philosophiae*, La Haya, Leyden, allí se inscribe en la universidad (1630) y publica su “Discurso del Método” (1637), Santpoort en donde se instala con su hija Francine y su criada Hélène, madre de la niña, Utrecht y el pueblito de Egmond, en donde se retiró definitivamente para dedicarse allí por entero a la ciencia y la filosofía. En Holanda la protección brindada por el príncipe de Orange y el embajador francés, aunada a la libertad de pensamiento de la Holanda del siglo XVII, le prodigó el gozo de elaborar sus trabajos sin muchos contratiempos, a pesar de la malevolencia de sus detractores, los cuales en una ocasión llegaron a prohibir la venta de sus trabajos y tuvo además que comparecer ante los magistrados para responder por los cargos de vagabundo, ateo, libertino y peligroso para el estado que en su contra hicieron los teólogos de las ciudades de Leyden y Utrecht, capitaneados por el ministro luterano Gisberto Vöet (Voetius), Rector de la Universidad de esta última ciudad, al cual Descartes responde con su *Epistola ad Voetium*; sin embargo, las cosas no tuvieron mayor trascendencia.

El método filosófico y científico de Descartes está basado en el rigor formal del método matemático universal, ya que en las matemáticas es en donde descubre el firme asidero y la certeza absoluta de su búsqueda de la verdad indubitable (a la que quiere dedicar su vida), “...porque ellas no nos engañan ni nos confunden y, por el contrario, nos proporcionan verdades...” (Descartes: 1637). Para Descartes la Matemática Universal es “...la que contiene todo aquello por lo que otras ciencias se llaman parte de la Matemática...”; esta Matemática Universal de Descartes tiene para él una significación según el punto de vista que se considere : el filosófico o el matemático, ya que partiendo del concepto de espacio, ella desempeña el doble papel de reducir en la Física la cantidad a la cualidad y en la Matemática la cualidad a las formas abstractas e intelectuales de las cantidades matemáticas.

Descartes inventó un Sistema Coordinado, su hallazgo consistió en individualizar los puntos de un plano fijando su posición al asignarle dos números (coordenadas) que expresan su distancia a dos líneas perpendiculares entre sí. Pareciera que esta idea se le ocurrió observando desde su cama a un mosca que sobrevolaba por el techo de su cuarto, los ángulos del cuarto le sugirieron los ejes (Masini: 1980) (1).

Es sabido que en el plano (o el espacio), todos los puntos de cualquier figura, no sólo son perfectamente localizables mediante un sistema coordinado, sino que son reducibles a ecuaciones; de otro lado, pueden deducirse ecuaciones que correspondan a una figura: esa es la **Geometría Analítica** y por esto, antes que a otros, se considera a Descartes su descubridor (Masini: 1980), aún cuando algunos autores consideren que esta afirmación es “históricamente poco adecuada”, ya que el estudio de curvas por medio de ecuaciones, definido como la “esencia” de la Geometría Analítica, era conocido ya por los griegos y “constituía la base del estudio de las secciones cónicas” (Newman: 1976, Tomo I).

Descartes se preocupaba mucho por su salud, en su “Discurso del Método” asegura que la conservación de la salud “es el primer bien y el fundamento de todos los restantes bienes de esta vida”; al Marqués de Newcastle le escribe: “...la conservación de la salud ha sido en todo momento la principal meta de mis estudios”; y a Huygens le comunica que “...ya no es cosa de malgastar el tiempo escribiendo teorías para la imprenta, pues hay algo más urgente: las canas que me van apareciendo velozmente me advierten que no debo estudiar otra cosa que los medios de retrasarlas...”. El sabio padecía de angustia existencial, como se puede comprobar en la anterior frase y en una acuñada en uno de sus escritos: “...Nunca he tenido mayor preocupación de conservarme que ahora, pues antaño pensaba que la muerte no podría quitarme sino 30 a 40 años a lo más, pero ahora no me sorprendería que me quitase la esperanza de más de un siglo...”. Fue así como Descartes inició una terapia que incluía experimentos y estudios propiamente médicos, destinados a evitar “ciertas faltas que solemos cometer en el régimen de nuestra vida”, pero, sobre todo, en lo referente a la higiene moral. Para empezar, dos rasgos de su carácter tuvieron efectos sanadores: “...Creo que la inclinación que siempre he tenido a mirar las cosas que se presentaban desde el ángulo que me las podía volver más agradables y a hacer que mi principal contento dependiese solamente de mi mismo fue la causa de que esta indisposición (su mala salud juvenil), que parecía serme natural, se me haya pasado poco a poco enteramente”. Basado en esto, y por experiencia propia, convertiría en principios de su moral provisional estas dos tendencias salutíferas, además recomendaba que: “...A fin que el principal contento venga a uno mismo, debemos desarrollar el alcance y la firmeza de la razón como guías de la vida activa, renunciando a la permanente desazón de anhelar lo que por el orden natural de las cosas está fuera de nuestro alcance. Y para seguir considerándolo todo desde un ángulo más favorable, se cuidará de no navegar en contra del viento en los asuntos públicos, se obedecerán las leyes y costumbres de su país (o del país en donde eventualmente se halle, acatando en

caso de duda el criterio de los consejeros más moderados) y se buscará en todo momento ese ánimo sereno que se satisface con cuanto le ocurre o le sea mejor o peor”. Sus preferencias, sin embargo, se inclinaban netamente por la alegría, de la cual afirmaba: “... la alegría es la pasión amable del espíritu, mejora la salud del cuerpo, hace que todo objeto presente parezca más agradable e incluso ayuda a vencer (o creer que vencemos) al indomable azar; me atrevo a creer -decía- que la alegría interior tiene cierta fuerza secreta que hace a la fortuna más favorable, pues la experiencia a menudo me ha demostrado que las cosas que hago con un corazón alegre y sin ninguna repugnancia exterior tienen la costumbre de sucederme felizmente, hasta el punto que en los juegos de azar, donde sólo reina la fortuna, siempre la he tenido más favorable cuando me acompañaban motivos de alegría que de tristeza”.

Si bien Descartes no era biólogo, su inquietud de investigador lo llevó a estudiar la formación del feto (1648) y a hacer especulaciones, conjeturas y aportes empíricos sobre el papel del cerebro y la mente en los procesos del conocimiento, proporcionando así, en el siglo XVII, la apertura del camino hacia la psicofisiología. Su paradigma filosófico acerca del libre albedrío era: “El mundo es una entidad puramente mecánica que una vez puesta en movimiento por Dios, sigue un camino sin intervención divina, de tal manera que, para comprender el mundo, sólo es preciso comprender su contribución”.

Para Descartes todos los animales (¿pensaría el sabio en todos los seres vivos: unicelulares, animales y el hombre?) son instrumentos mecánicos cuyo comportamiento y control es función de estímulos del medio ambiente. De esta forma Descartes enmarca al cuerpo humano en su paradigma de libre albedrío afirmando: “... El cuerpo humano es una máquina con procesos automáticos...” y esto lo basó en las observaciones que realizó cuando tenía diez y ocho años y un día soleado decidió, antes de retirarse a Sait-Germain, visitar los fabulosos jardines reales, construidos para el rey Enrique IV y María de Medicis, los cuales consistían

en seis grandes terrazas que dominaban el Sena, plantados en forma simétrica y ordenada siguiendo el más refinado gusto francés. En los citados jardines, se había excavado grutas al final de cada terraza en cuyo interior se instaló un conjunto de estatuas movidas cada una por un sistema hidromecánico. Los biógrafos de Descartes cuentan que el joven René entró en una de las grutas, e incapaz de ver en la penumbra que reinaba en ellas, se limitó a escuchar la agradable música que acompañaba el gorgoteo del agua. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra pudo distinguir la estatua de Diana bañándose en un estanque, la cual de súbito huyó y se ocultó detrás de un rosal de bronce. Descartes la persiguió, pero de inmediato una imponente estatua de Neptuno se le interpuso; estaba fascinado, tenía alguna información acerca de los mecanismos hidráulicos para los órganos y estatuas móviles pero esto sobrepasaba su imaginación; su curiosidad lo llevó a descubrir la placa que sellaba la entrada al control mecánico de las estatuas del jardín, el cual inspeccionó. Durante su estancia en Saint-Germain, Descartes visitó los jardines reales una y otra vez, y pensó en la relación entre los movimientos de los objetos animados e inanimados que durante años había preocupado a los filósofos de la época, creyendo encontrar en aquellos movimientos una aparente respuesta a la relación mente-cerebro-cuerpo.

Descartes observó que algunos movimientos del cuerpo humano eran automáticos e involuntarios y supuestamente no requerían de la participación de la mente, a estas acciones les dio el nombre de **Reflejos** (del Latín **Reflectare**, que significa doblarse a sí mismo), debido a que pensó que el sistema nervioso refleja la energía que surge de un estímulo a los músculos que se contraen por este efecto (Carlson, 1996).

Descartes, como un filósofo más de la época, era un dualista: creía que todas las personas tenían una mente que no estaba sujeta a las leyes del universo, pero su pensamiento difería del de los otros en que fue él el primero en sugerir la existencia de un enlace (a través de la glándula pineal), entre la mente (un ente

abstracto) y su morada física, el cerebro (un ente concreto); para él la mente controlaba los movimientos del cuerpo y el cerebro por medio de sus órganos sensoriales enriquecía la mente con la información que provenía del entorno del individuo. De sus observaciones en cadáveres pudo verificar que el cerebro contenía cámaras huecas (ventrículos) e hipotetizó que estas se llenaban de un líquido bajo presión y que cuando la mente decidía desarrollar una acción, inclinaba la glándula pineal, a manera de control en una dirección específica haciendo que el líquido pasara del cerebro al conjunto apropiado de músculos, haciendo que este flujo de líquido inflara y moviera los músculos necesarios, semejante a lo que sucedía con las estatuas móviles de los jardines reales (Jaynes J., 1970).

La impresión que dejaron en Descartes la estatuas móviles de los jardines reales, fue tal, que no sólo sirvió para sus especulaciones filosóficas sobre el cuerpo, la mente y el cerebro, sino que a su única hija le dio el nombre de Francine (1635-1640), en honor de los diseñadores florentinos de los jardines reales.

Las teorías filosóficas de Descartes acerca de la mente y el cerebro que explicaban los fenómenos mecánicos en término de fuerzas ejercidas por porciones de materia sobre otras en contacto directo, gozaron de una gran popularidad durante casi un siglo, pero resulta irónico que fuera en gran parte la misma matemática de Descartes la que hiciera posible la derrota de la Ciencia Cartesiana al ceder su lugar a la teoría razonada de Newton. La naturaleza cartesiana está llena de partículas y no hay vacíos, mientras que para Newton existen espacios vacíos y entre los cuerpos actúa una acción a distancia. Descartes nunca aceptó esta posibilidad y por el contrario negó siempre la fuerza gravitatoria. La mecánica clásica de Newton, olvidada la fábula cartesiana, proclamó la realidad de los postulados, hasta que Albert Einstein (1879-1955) demostró que sólo se trataba de postulados, es decir, metáforas ignoradas o fábulas (Restrepo, 1992).

En lo referente a su apariencia exterior, Descartes puede considerarse en su época lo que hoy denominaríamos un sibarita. Era gustoso de la comodidad, la buena vida y el vestir elegante. Como se apuntó antes, se levantaba bastante tarde, detestaba los problemas y no estaba dispuesto a pagar el costo del sacrificio, ni siquiera por la ventilación en público de sus ideas por temor al cuestionamiento y al Santo Oficio. Gustaba de los juegos de azar y del jolgorio. Posiblemente sin excesos sexuales (sólo tuvo una hija, aún cuando algunos manifiestan que fue célibe (Vera, 1961)). Vestía trajes de impecable corte del más refinado gusto francés. Llevaba espada al cinto y sobre su cabeza un chambergo de anchas alas en donde se cimbreaba una pluma de avestruz.

Descartes era celoso y poseía un carácter fuerte y soberbio, no toleraba la crítica a sus ideas, ni siquiera las de su contemporáneo Pierre Fermat (1601-1665) a quien sólo le guiaba el noble propósito de aportarle ideas y mejoras a sus investigaciones, hasta el punto de que ambos llegaron en ocasiones a cruzarse correspondencias desafiantes en donde se proponían problemas a resolver, y en las cuales Descartes no desaprovechaba la ocasión para mezclar en ellas gestos irónicos y descorteses para con Fermat. Gracias a estos desafíos, surgieron aportes muy positivos: el notable conocimiento de la parábola y los sólidos que ella engendra por rotación de las superficies planas que encierra, las interesantes investigaciones en la teoría de números, el descubrimiento de la Geometría Analítica, el comienzo de las investigaciones acerca de la cicloide, y los primeros pasos en el descubrimiento del Cálculo Diferencial, entre otros.

Descartes ha sido famoso y honrado en todo el mundo. En 1646, cuando tenía 50 años, fue invitado a Estocolmo por la reina Cristina de Suecia (1626-1689), interesante mujer de veinte años, maníaca del saber, caprichosa hasta el cansancio, amazona, cazadora, un poco masculinizada e insensible al frío. Después de tres años, y cansado de las controversias en Holanda, Descartes accedió a la invitación de Cristina llegando a Estocolmo en el otoño de 1649, teniendo allí un recibimiento triunfal, un buen estipendio.

Pero su vida en la capital escandinava no duraría mucho -se ha dicho que tuvo el presentimiento de su cercana muerte mientras preparaba el viaje a Estocolmo (Newman: 1976a)- y esto no estaba muy lejos de una premonición, ya que además del capricho de su real alumna por mantener abiertas las ventanas de sus aposentos a pesar del duro frío, destruyó los hábitos de toda la vida de aquel pobre hombre de frágil salud, ya que no le pareció mejor hora para recibir las clases que las cinco de la mañana, terrible suplicio para aquel que no acostumbraba a madrugar y contra su voluntad se veía obligado a levantarse al alba y cruzar las heladas calles de Estocolmo a las cinco de la madrugada (hora muy alegre para acostarse, pero triste para levantarse). Quizá mientras patinaba rumbo a palacio, resistiendo el intenso frío de la madrugada y preparándose mentalmente para soportar a su soberana discípula, se animaba recordando otro precepto de su moral fragmentaria, el único infaliblemente terapéutico, aun cuando no añadida ni un día a la duración de nuestra existencia: **“Amar la vida sin temer a la muerte porque quienes así viven, el fin les llega siempre en la vía regia”**.

Descartes enfermó de pulmonía el primero de febrero de 1650 y murió diez días más tarde, a la edad de cincuenta y cuatro años, cinco meses después de haber iniciado a su real alumna en el camino y los secretos de la Filosofía y la Matemática.

El 24 de junio de 1667, cuando Cristina había perdido su corona, los restos de Descartes (excepto los huesos de su mano derecha, los cuales fueron tomados para sí por el representante de Francia en Suecia como un recuerdo de las negociaciones que hiciera para su traslado a París) se inhumaron en la iglesia de Santa Genoveva. Posteriormente, el 4 de octubre de 1793, la Convención decidió por decreto trasladar dichos restos al Panteón, pero mientras esto se daba, fueron depositados en el jardín Elíseo, para que posteriormente y esta vez de manera definitiva, reposaran en paz en la iglesia de Saint-Germain des Près.

Como se puede ver, Descartes fue un eterno viajero, aún después de muerto, pero más aún ha sido su obra, la cual ha trascendido el tiempo y el espacio, dejando a su paso una estela de luz que alumbró en el pasado el camino del inicio de muchas ciencias y que hoy en día sus preceptos filosóficos marcan un alto necesario para reflexionar en el día a día de nuestras vidas.

Resumen de la obra filosófica de René Descartes

1618: *Compendium musicae*, obra póstuma dedicada a Issac Beeckman.

1623: *Studium bonae mentis*. Inspirada en las enseñanzas que tuvo con la Logia de la Rosa Cruz, en uno de sus viajes a Alemania.

1625-1628: *Traité de la divinité y Regulae ad directionem ingenii* (Tratado de la divinidad y Reglas para la dirección del espíritu).

1633: Acaba la obra *Traité du Monde ou de la Lumière* (Tratado del mundo y de la luz).

1637: Publica “Discurso del Método”, como una introducción a la Dióptrica, los Meteoros y la Geometría.

1641: Publica en París “Las Meditaciones Metafísicas”.

1642: *Epístola ad Voetium* como una oposición a los ataques de la iglesia. Segunda edición de las Meditaciones.

1644: Publica en Amsterdam *Principia Philosophicae* (Principios de Filosofía).

1645-1646: Escribe Principio de las Pasiones del Alma.

1648: Publica *Notae in Programma Quoddam*.

1649: Aparecen los tratados El Hombre y las Pasiones del Alma.

1649: Escribe el valet en verso: El nacimiento de la paz.

????: Se conserva un diálogo inconcluso denominado “La búsqueda de la verdad por la luz natural”.

Nota

- (1) “No soñó la idea de sus coordenadas - dicho sea de paso - mientras dormía en la Flèche. Esta simpática fábula (que yo mismo he repetido en otras ocasiones) fue inventada por un tal Daniel Lipstoriupius, profesor de Lübeck, que escribió la vida de Descartes al estilo de Parson Weems. No quiero llegar a afirmar que el hombre no pudiera tener grandes intuiciones en la cama; tan sólo que un Descartes de dieciséis años, con pocos meses de estudios matemáticos, no podía llegar a concebir las coordenadas durante sus sueños matutinos”, NEWMAN JAMES R., 1976, Tomo I, pág. 164.

Lista de Referencias

- Aaboe, Asger; **Matemáticas Episodios Históricos**, Random House, Ed. Norma, Cali, Colombia. 1964.
- Amir-Moez, A.R.; “A paper of Omar Khayyam”, **Scripta Mathematica**, 26, 323-337. 1963.
- Bell, E. T.; **Los Grandes Matemáticos, desde Zenón a Poincaré**, Ed. Losada, Madrid. 1990.
- Boyer, Carl B.; **Historia de las Matemáticas**, John Wiley & Sons, Alianza Editorial, Madrid. 1992.
- Carlson, Neil R.; **Fundamentos de Psicología Fisiológica**, 3ª Ed. Prentice Hall Hispanoamericana, Mexico. 1996.
- Colección Cara y Cruz; **Gottfried W. Leibnitz y su Obra**, Grupo Editorial Norma, Bogotá. 1992.
- Descartes, René; **Discurso del Método**, Distribuido por Ed. Alba, Madrid. 1637.
- Jaynes, J.; The problem of animate motion in the seventeenth century, **Journal of the History of Ideas**, 6, 219-234. 1970.
- Masini, Giancarlo; **El Romance de los Números**, Nardini Editore, Firenze, Italia. 1980.
- Newman James, R.; Sigma, **El Mundo de las Matemáticas**, Vol. I, 3ª Ed, Grijalbo, Buenos Aires. 1976.

- Newman James, R.; Sigma, **El Mundo de las Matemáticas**, Vol. VI, 3ª Ed, Grijalbo, Buenos Aires. 1976.
- Perero, Mariano; **Historia e Historias Matemáticas**, Grupo Editorial Iberoamérica, México. 1995.
- Restrepo S., Guillermo; Descartes y la ciencia moderna, **Lecturas Matemáticas**, 35-51, Vol. XIII, números 1, 2, 3, Abril a Diciembre, Universidad Nacional de Colombia, Santafé de Bogotá. 1992.
- Rey Pastor, J., & Babini, José; **Historia de la Matemática**, Vol. II, Gedisa, Madrid. 1985.
- Sestier, Andrés; **Historia de las Matemáticas**, 2ª Ed., Limusa, México. 1989.
- Vera, Francisco; **Veinte Matemáticos Famosos**, Libros Mirasol, Buenos Aires. 1961.
- White, Michael; **Issac Newton**, Colección Genios de la Humanidad, Edit. Prensa Moderna, Santa Fe de Bogotá. 1993.